

A Roberto Payró, con
mi fraternal cariño
Suyos.

ESTUDIOS HELENICOS

OBRAS DEL AUTOR:

—
VERSO

<i>Las Montañas del Oro</i>	(agotado)
<i>Los Crepúsculos del Jardín</i>	»*
<i>Lunario Sentimental</i>	»
<i>Odas Seculares</i>	»
<i>El Libro fiel</i>	»
<i>El libro de los Paisajes</i>	»
<i>Las Horas Doradas</i>	»

PROSA

<i>La Reforma Educacional</i>	»
<i>El Imperio Jesuítico</i>	»
<i>La Guerra Gaucha</i>	»
<i>Las Fuerzas Extrañas</i>	»
<i>Piedras Liminares</i>	»
<i>Promeleo</i>	»
<i>Didáctica</i>	»
<i>Historia de Sarmiento</i>	»
<i>Elogio de Ameghino</i>	»
<i>El Ejército de la Iliada</i>	»
<i>El Payador (tomo primero)</i>	»
<i>Mi Beligerancia</i>	»
<i>Las Industrias de Atenas</i>	
<i>La Torre de Casandra</i>	
<i>El Tamaño del Espacio</i>	
<i>La Funesta Helena</i>	

LEOPOLDO LUGONES

Enc. Esp: 3376/69

UN PALADIN
DE LA ILIADA

*128x177
15c 20
(43)*

EDITORIAL BABEL
BIBLIOTECA ARGENTINA de BUENAS EDICIONES LITERARIAS
BUENOS AIRES MCMXXIII

BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS

ES PROPIEDAD
Copyright by Babel 1923

UN PALADIN DE LA ILIADA

ESCRIBO adrede *paladín*, lo cual significa originariamente morador del palacio, mientras califica por extensión a la franqueza valerosa, virtud típica del caballero; pues Diomedes, que es el personaje así designado, poseyó ambas cualidades en modo característico. Era, en efecto, rey por la sangre y por el dominio, tanto como audaz hasta lo temerario por la decisión de su palabra y de su conducta. Ya lo veremos definirse así en los trozos de los cantos IX y XIV que cito más abajo; pero ahora quiero insistir sobre este otro detalle del mismo género: *Paladín* equivalía a *principal*, porque los caballeros de ese nombre eran compañeros de los reyes; y

tal es el sentido de la voz *aristeia* que titula el canto V, o sea el de las hazañas de Diomedes. De aquí que Segalá y Estalella en su excelente traducción, la vierta por *principalía*. Reunión de príncipes fué aquella de los helenos convocados por los Atridas para vengar el ultraje que les infirió Paris seduciendo a Helena: y con ello prototípica de las que constituyeron esencialmente la caballería medioeval: la de la Tabla Redonda y la de los Pares de Carlomagno.

Podemos definir exactamente la *caballería*, diciendo que fué la *Imitación de Homero*, como la *mística* consistió en la *Imitación de Cristo*. Aquélla representó la supervivencia de la civilización, o paganismo, que combatido a muerte por la barbarie asio-germánica, *renació* triunfal en el siglo XVI, aunque bajo la cáscara ya muerta del cristianismo degenerado. El estado de espíritu que fué su preparación y su determinante, formáronlo, sin duda, los romances y nóvelas de caballería, cuya ajustada procedencia de los poemas homéricos, ora directa, por agencia de fragmentos anónimos, ora traspasada por la Eneida, no puede ser más evidente. La máquina y la psicología caballerescas, son las mismas de aquéllos; de tal suerte, que sólo difiere la nomenclatura, y no enteramente tampoco.

La enorme influencia de dicha literatura medioeval, fué el reactivo más poderoso contra el dogma asiático cuyo siniestro pesimismo trans-

formó, conservando al efecto los gérmenes de belleza y de libertad, nunca extintos por fortuna en la gente greco-latina. La imitación de Homero, salvó, pues, nuestra civilización ya agonizante, imponiendo una vez más el dominio del espíritu a la fuerza bruta de la horda y de la plebe: resultado que como ningún otro, demuestra la importancia social de la poesía para las razas de belleza a las cuales pertenecemos.

En mi libro *El Dogma de Obediencia*, que pronto aparecerá, estudio a fondo este asunto, abrigando la esperanza de haber comprobado efectivamente mi teoría histórica: vale decir que el cristianismo es una infección del alma greco-latina cuya salud consiste en el recobro de la norma pagana; no porque una cosa sea mejor que la otra, sino porque esta última es más conforme con su índole.

Volviendo ahora a nuestro héroe, correspóndeme decir que lo he elegido por creerlo el más completo de los caballeros de la Iliada. Tal es, asimismo, el concepto con que dentro del poema está ideado el canto V, cumbre central de la formidable *Diomeida*, que a semejanza de un sistema montañoso va desde el verso 419° del canto IV hasta el VIII inclusive, para aflorar, por decirlo así, en magníficas proezas aisladas, doquier describen los otros cantos el esfuerzo de la lucha. Así es también Diomedes uno de los héroes principales en el canto XI que

forma a su vez, como lo tengo dicho ya, la cumbre de la Iliada. Si durante la sucesiva refriega de los cantos XII y XIII se halla ausente, porque está en cura del flechazo que Alejandro o Paris le asestó, en el XIV, aunque herido, él sostiene como más joven entre los guerreros del desanimado consejo, la idea audaz de combatir.

Esta reacción de voluntad es su rasgo característico; y sabiéndose que Homero tiene a la constancia por principal entre las virtudes heroicas, Diomedes viene a resultar en grado eminente el paladín de la Iliada. Así entre Aquiles el vengador, Héctor el defensor, Agamenón el jefe de jefes, Menelao el ofendido, Ajax el combatiente exclusivo, Ulises el sagaz y los otros equivalentes heroicos del lado troyano; pues en la composición homérica rige la misma ley de proporción que en las artes plásticas y aun en la música de los griegos: aquella distribución simétrica de miembros a los lados de un eje, que caracteriza la organización animal, desde el insecto hasta el hombre. Este concepto biológico de la obra de arte, y su consiguiente fisiología o función orgánica, hizo del arte griego un fenómeno vital, conformado al equilibrio armonioso de la vida por influencia conjunta del instinto (amor) y de la razón (norma) asegurándole la eternidad o supervivencia que nos maravillan. Fué por excelencia el arte orgánico y sano cuyos prototipos, como decía Aristóteles, prefiguraban una huma-

nidad más noble y más bella (1). Pero estábamos describiendo las cualidades de Diomedes.

Habíamos mencionado su viril reacción del canto XIV. Antes, cuando al comienzo del IX, Agamenón tiene la idea de abandonar la lucha, su brusco repente, lleno de jactancia y de habilidad a la vez, entona los ánimos. Es su fórmula de los momentos de peligro: salirle a éste al encuentro, y pelear. Y los hechos dan ya, desde tiempos tan remotos, triunfal razón a la iniciativa. Agamenón acaba de proponer, llorando de impotente despecho, el abandono de la empresa. Entonces (IX, 29-49):

Dijo, y todos inmóviles y en silencio han quedado.
Largo tiempo afligida calló la gente aquea,
Hasta que al fin Diomedes el buen jefe así ha hablado:

—Atrida, rechazo ante todo tu absurda idea,
Pues tal es mi derecho de rey en la asamblea.
Mas, no te enojés, aunque mi honra (2) heriste primero,
Dándome entre los dánaos por flojo y mal guerrero;
Lo que, de todo argivo, mozo y viejo, es sabido.
Si el hijo del artero Kronos, entre dos cosas,
Darte el honor supremo del cetro ha decidido,
Te negó el valor que es la fuerza más poderosa.

(1) En mi obra «El Payador», capítulo V, he formulado la ley biológica del ritmo que completa, a mi entender, este concepto fundamental de la estética.

(2) Traduzco la voz «alké»: valor, del texto, por honra, ya que para un guerrero, eso significa la frase literal «denigras mi valor»; y porque el verbo «oneidizo» lleva también implícita la idea de deshonor. Así creo conservar al texto su verdadero sentido, y evitar la monotonía con el «análkida»: falta de valor, del verso siguiente.

¡Desdichado! ¿Creíste que es tan floja y de escaso
 Valor la gente aquea como dices? Si acaso
 Al regreso te incita tu ánimo, parte ya,
 Que abierta senda tienes y junto al mar está
 La gran flota que desde Micenas te siguiera.
 Mas los otros aqueos de larga cabellera,
 Hasta que a Troya hundamos se quedarán. Y si
 También al caro suelo patrio huyen navegando,
 Yo y Esténelo, solos, quedaremos peleando
 Hasta el fin de Ilión, puesto que dios nos trajo aquí.

Más explícito aún, en el recordado episodio
 del canto XIV, decide, otra vez contra el parecer
 de Agamenón, las voluntades que había ya
 advertido Ulises. El Atrida replica a este último
 que no se propone, en definitiva, ordenar la retirada,
 añadiendo (107-132):

—Y ahora que alguien opine mejor, pues, mozo o viejo,
 Me agradará.

Diomedes el cumplido soldado,
 Se alzó y les dijo entonces:

—El hombre hemos hallado
 Sin buscar mucho, a trueque de acatar su consejo.
 No lo impugnéis airados, si por la edad soy yo
 Más joven que vosotros, pues de que me engendró
 Esclarecido padre me alabo. (Fué Tideo
 Que está enterrado en Tebas). Nacióronle a Porteo
 Tres hijos intachables que en Pleuronia habitaron
 Y en la alta Calidonia, los cuales se llamaron
 Melas y Agrio. El tercero, que fué el jinete Eneo,
 Padre de mi padre, a ambos superior en bravura,
 Permaneció allá; pero mi padre, a la ventura

De Zeus y de los dioses, tras andanzas prolijas,
Fué a establecerse en Argos; casóse entre las hijas
De Adrasto, y tuvo casa ricamente amueblada,
Grandes trigales, una finca bien arbolada
Y copiosos rebaños, y en la lanza fué más
Que todos los aqueos. Hé aquí lo que, veraz,
Quiero informaros, para que vil de nacimiento
No me creáis, menospreciando mi buen intento.
Ea! urge que al combate vayamos, aun estando
Heridos y apartados de los tiros — no sea
Que alguien reciba golpe sobre golpe — animando
Y decidiendo a quienes con desánimo blando
Se mantienen aparte, sin entrar en pelea.

El hecho de ser su acción la más sostenida en el poema, no sólo por lo que respecta al combate, sino a las hazañas de otro género y a los consejos de guerra, indica la importancia que el poeta le atribuyó. Baste recordar la correría del canto X con Ulises, en cuya compañía suele habitualmente andar, lo que comporta de suyo el elogio de su cordura. Comparte, además, con Aquiles, Ajax y Menelao, de las comparaciones más numerosas con el león.

Pero esto último merece párrafo aparte.

Efectivamente, el león, que con toda probabilidad no existía en la Europa ni en el Asia homéricas, figura con abundancia y precisión notables; pudiendo decirse que los treinta trozos en que la Iliada lo menciona, según Th. Day Seymour (*Life in the Homeric Age*, pág. 25),

constituyen un epítome leonino. Y entonces, u Homero viajó por el Africa boreal, lo que nada tiene de imposible, dadas la inmediateción y las ya frecuentes comunicaciones por el Mediterráneo, o, lo que es más probable, tomó sus conocimientos de libros de viajes, descripciones y tratados zoológicos. Cada vez me inclino con mayor decisión a creer que los poemas homéricos pertenecen al final de una civilización desaparecida sobre cuyos restos empezó a alzarse la griega, propiamente dicho, tal como la ribera subsistente de un territorio hundido, puede dar punto de apoyo a la emersión de otro, quedando incluida en él. A esto se deberá que en dichos poemas hallemos detalles reveladores de una civilización superior, todavía, a la romana del tiempo de Augusto.

Desde el rugido lejano que alarma a perros y pastores, hasta el asalto del establo; la defensa con dardos y antorchas; la parada de la fiera que entorna los ojos con gesto peculiar; el ataque en masa de los ganaderos comarcanos y la actitud del valeroso animal: todo ello recuerda al detalle, tal cual si estuvieran puestas en ajustado verso, las páginas de un especialista: el famoso cazador de leones, Gérard, en su libro *La Chasse au Lion*, que describe costumbres de las tribus nord-africanas, persistentes, sin duda, desde tiempo inmemorial. Veamos algunos de esos trozos característicos.

En el canto X (183 - 186) los griegos esperan con alarma el ataque troyano entre las sombras de la noche:

Cual los perros desvélanse, rondando con empeño
La majada en el hato, si oyen la fiera airada
Que viene por los montes, y mozos y perrada,
Profusa batahola le arman, perdiendo el sueño.

Todavía no es el león de sus predilecciones, sino la fiera, voz que usa en sentido genérico: *Fer*, aplicada también a los centauros (I, 268; II, 743). Aunque con casi todos los comentadores, creo que el canto X es apócrifo, los cuatro versos citados son magníficos por lo que dicen y sugieren. No puede darse en menos palabras la impresión de la alarma nocturna en el desamparo campestre.

El lector va a encontrar más adelante, en el largo trozo de 444 versos del canto V que narra especialmente las hazañas de Diomedes, dos comparaciones de este héroe con el león: una recuerda el ataque del rebaño a campo raso; la otra el asalto al redil, que siendo el más imponente, es también el más recordado. Así en el canto XI (548-555) describiendo la retirada de Ajax bajo la lluvia de dardos:

Y como un león flavo que echan de la estacada
Boyal, perros y rústicos, que en pie la noche entera,
Le impiden que haga presa de la gorda boyada;
Y él, ávido de carne, se arroja, pero en vano,
Pues mil dardos le lanzan con vigorosa mano,

Y antorchas que lo espantan a pesar de su ira,
 Con que, al rayar la aurora, mohino se retira:
 Así Ajax, etc.

En el mismo citado canto V hay una referencia a la pareja cazadora de jóvenes fieras, todavía moradoras del cubil paterno, tal cual mencionanlo la zoología y la cinegética, y que vale la pena transcribir por su soberbia elegancia. Es cuando Eneas da muerte a los gemelos Creton y Orsíloco (550-560)

Quienes, apenas púberes, montando negras naves,
 Fueron con los argivos a Ilión, para vengar
 La honra de Menelao y Agamenón Atridas,
 Y que sólo la muerte supieron encontrar.
 Cual dos leones que en la cumbre de un monte cría
 La madre, en lo profundo del bosque enmarañado,
 Y devastando establos hacen carnicería
 De bueyes y de ovejas gordas, hasta que un día
 A manos de hombre mueren por el bronce afilado:
 Tal por mano de Eneas ambos rendidos fueron,
 Y a manera de abetos elevados cayeron.

Más breves, pero igualmente intensas, son las comparaciones del canto XVII en la defensa del cadáver de Patroclo por Menelao y Ajax.

He aquí dos, concernientes al primero de ambos héroes. Una (versos 61-69) describe su actitud después de haber matado al troyano Euforbo:

Como cuando un intrépido león de la espesura,
Arrebata al rebaño la vaca más preciada,
Y tronchándole el cuello con férrea dentellada,
La destroza y engulle su sangre y su asadura;
En torno reunidos gañanes y perrada,
Gritan de lejos, pero ninguno a él se avvicina,
Pues el pálido miedo con fuerza los domina:
Así nadie se siente lo bastante animoso
Para osar afrontarse con Menelao glorioso.

La otra comparación es cuando se ve forzado
a retroceder ante las falanges troyanas (108-
112):

Entonces retrocede, volviéndose a menudo
Hacia el cuerpo que deja, cual león melenudo
Que del ható echan perros y hombres a grito y pica;
Y en el pecho el valiente corazón se le achica,
Con que del redil márchase contrariado y sañudo.

'Ajax que ha acudido en su ayuda, lo releva
ante el cuerpo de Patroclo. Y (132-136):

Cubriendo Ajax con su amplio broquel al Meneciada,
Plantóse cual leona, que en el bosque marchando
Con sus cachorros, hállase de ojeadores rodeada;
Y cubre a los pequeños, en su fuerza confiada,
Tras las fruncidas cejas sus pupilas velando.

Como según lo tengo muchas veces advertido,
nada es inútil en la poesía homérica, dicha pe-
cualiaridad felina que nuestro jaguar, y hasta el
gato común, manifiestan igualmente, realza el

poder terrorífico de los ojos de Ajax, que Glauco, reprochando a Héctor, mencionará más adelante (166-167):

Mas tú contra el magnánimo Ajax ir no supiste,
Desde que en la batalla sus ojos percibiste.

Veamos ahora tres ejemplos concernientes al león en cacería de animales silvestres. Los dos primeros pertenecen al canto XI. Agamenón persigue a los dos hijos de Príamo, Iso y Antifo (113-121):

Como cuando a los chotos de la cierva ligera,
El león despedaza con férrea mordedura,
Quitándoles la tierna vida en su madriguera;
Y aquélla, aunque esté próxima, salvarlos no procura,
Pues le viene un horrible temblor, y a la carrera
Por el robledo espeso, sudorosa se apura,
Para salvar del ímpetu de la violenta fiera:
Así ningún troyano puede evitar su ruina,
Tanto ante los argivos su pavor desatina.

Más adelante, Menelao invita a Ajax para correr en socorro de Ulises herido y rodeado (472-486):

Dice y marcha seguido del hombre igual a un dios,
Hallando luego a Ulises, caro a Zeus, que rodea
La falanje troyana, tal como una ralea
De bermejós chacales que en el monte van en pos
De algún cornudo ciervo, que herido de un flechazo
Huye, y así escapando del cazador, se interna
Mientras corre su tibia sangre, y le dan las piernas;

Hasta que la saeta lo tumba en un ribazo
De la montaña umbrosa, donde los carniceros
Chacales ya comienzan a devorarlo;—pero
Sale al azar y ahuyéntalos el león soberano,
Devorando él la presa. Tal, numeroso y fuerte,
Contra el sagaz Ulises cierra el grupo troyano,
Mientras aparta el héroe a lanzadas la muerte.
Entonces, con su escudo grande como una torre,
Se alza Ajax a su lado y a los troyanos corre,
Mientras que Menelao, etc.

El otro ejemplo refiérese a Menelao, cuando
en el canto III vé que Paris capitanea, iniciando
el combate (21 - 26):

Y el marcial Menelao, cuando lo vé que al frente
De las tropas, avanza con andar imponente,
Se alegra como hambriento león que hace gran presa
De un enastado ciervo o una cabra montesa,
Y ávido los devora, ni aunque esté perseguido
Por los ágiles perros y los mozos fornidos.

Asimismo, las comparaciones con animales
que a consecuencia de nuestra educación retó-
rica consideramos indignos de los héroes: el
asno y los perros, por ejemplo, revelan una li-
bertad artística mucho mayor y más consciente,
ya que lo poético no es el elemento tal o cual por
sí mismo, sino el lenguaje excelente con que lo
dignifica el poeta. Así, más adelante (569-573).
Atena invocada por Menelao exhausto:

A sus rodillas y hombros dió fuerza renovada,
 Y le infundió en el pecho la audacia de la mosca,
 Que aunque sea del cuerpo con tesón apartada,
 Obstínase en picarlo, pues la sangre le agrada:
 De audacia semejante colmó su entraña fosca.

Vése a las claras que la referencia concierne a una mosca sanguinaria: una *glosina* como la *tsetsé*, o como nuestra «mosca brava» de los bálagos. Lo cual no excluye a su tiempo el famoso apóstrofe de Ajax a Zeus, entre la sombría borrasca suscitada por el dios contra los griegos (645 - 647):

¡Zeus, padre augusto, libra ya de la oscuridad
 A los aqueos, dándoles que un cielo puro vean,
 Y al menos con luz mueran, si así es tu voluntad!

Pero veamos la más completa y hermosa de esas comparaciones con el león, que corresponde, naturalmente, a Aquiles. Atacado por Eneas (XX, 164 - 173) en aquella terrible batalla que riñen los mismos dioses entre sí:

El Pelida lo afronta como voraz león
 Al que hostigan los hombres de una comarca entera,
 Su muerte ansiando. Avánzase, al principio, la fiera,
 Con desdén; mas, apenas impetuoso garzón
 Llega a herirla de lanza, cuando lo encara alerta,
 Y los dientes espúmanle en la boca entreabierta,
 Y el alma valerosa gime en su corazón;
 Y al combate excitándose, se azota ijares y anca

Con la cola, y ardido su ojo, a matar se arranca,
O a morir estrellándose en la primer legión.

Hay cien páginas descriptivas de Brehm o de Gérard en estos diez versos.

Así suelen reunirse, en efecto, los moros del Atlas, para atacar a la fiera. Todos los hombres de una comarca, divididos en grupos de ojeo que se juntan cuando llega el momento crítico. Por muchos que sean, y a veces pasan del centenar, el león asume la misma actitud, aun cuando herido otras veces de bala o de punta, conozca el peligro de las armas. Del ojo a la cola, no falta en su actitud un solo detalle, según se ha visto; mas, el poeta de verdad, se pinta en un verbo: *gime* en su corazón el alma valerosa, dice para indicar el rugido; pues, efectivamente, lo más peculiar de este último, es el lamento remoto que en su fondo resuena. Todo el secreto de la evocación artística reside en la propiedad sintética del verbo, mucho más enérgico que el adjetivo como elemento metafórico, porque lleva ínsita la acción; siendo así, por lo demás, que el epíteto atiende principalmente a describir, mediante el resalto de la cualidad típica. Materialmente hablando, la poesía es dos cosas: verbo y adjetivo; espiritualmente, otras dos: emoción y música. Y la base de este como pentágono fundamental, el nombre, o sea la materia prima vivificada por el arte.

Individualizado el poema en una sucesión de ciclos heroicos, pues Homero define visiblemente la guerra por la acción de los jefes, la Diomeida es uno de los cinco resultantes, y en cierto sentido que luego se verá, el que reviste mayor interés. Los otros corresponden: a Héctor, desde el canto IX hasta el XVIII, cuando Aquiles vuelve a la acción; a Agamenón, con el canto XI; a Menelao, con el XVII, que es la defensa del cadáver de Patroclo; y a Aquiles, desde el canto XIX al XXIII, puesto que el XVIII es el de la fabricación de sus armas.

La intervención de Diomedes en la guerra es también característica.

Pariante lejano de Helena, lo que representa en verdad es uno de los prototipos de la raza pelásgica, a la cual pertenecía también Aquiles, y cuyo fué el verdadero conflicto con la rama ya oriental del Asia Menor. Arrastrado por la querrela de los reyes malditos, o sea por la fatalidad de Tindáridas y Atridas, como pretendiente que de Helena fué, él no es ni quiere ser otra cosa que el buen caballero del honor y del deber. Abandona su reino de Etolia y su buena ciudad de Argos, que eran de lo más opulento en la época, su joven esposa Egialea y sus empresas personales, para concurrir a aquella campaña ya nacional del pequeño mundo panhelénico. No lleva, como verdadero paladín, sino su coraje, sus armas y la protección de Atena, la gran

deidad pelásgica de la cual es devoto. Por esto es ella quien, al comienzo del canto, lo ilumina con el fuego de la gloria. Ella le restaña la herida traidora que le causó Pándaro y le da la destreza en todas las armas. Pero esta protección no excluye, entiéndase bien, el riesgo de muerte, ni la diosa, como lo harán con Héctor y con Eneas Apolo y Afrodita, lo subtrae jamás a él. Así en su propio choque con Ares, el feroz numen de la guerra.

También en su característica devoción a la virgen, fueron imitadores del homérico los paladines cristianos. La patrona de Diomedes era, asimismo, *la virgen* por antonomasia; y sobre ambas clases de guerreros tuvo igual efecto civilizador la delicadeza de aquel culto femenino. Atenas, centro del helenismo, es decir de la civilización más perfecta que haya alcanzado nuestra raza, fué por definición la ciudad de Atena cuyo templo, el *Partenón*, glorificaba de igual modo la virginidad: *partheneía*, dieciocho siglos antes que las catedrales góticas a la Virgen de los cristianos. La barbarie nazarena no logró subsistir sino mediante la imitación de aquellos "demonios" paganos...

Durante los cuatro cantos y medio que constituyen la *Diomeída*, el guerrero epónimo domina de tal modo la acción, que el jefe troyano, con ser quien era, sólo se acuerda de él.

Cuando en el canto VI recomienda a su madre

que implore el socorro de Atena para la embes-
tida ciudad, es el único enemigo a quien nombra
(274 - 278) :

Y prométele doce terneras, que inmoladas
De un año, y aun no uncidas, le serán, si se apiada
De la ciudad, esposas y chiquillos troyanos,
Y al hijo de Tideo, guerrero que inhumano
Nos amedrenta, aleja de nuestra Ilión sagrada.

Lo que Hécuba y sus compañeras hacen, por
cierto, implorando (305 - 307) :

Divina entre las diosas, venerable Atenea,
Patrona nuestra, rompe la lanza de Diomedes
Y haz que caiga delante de las Puertas Esceas.

El único enemigo de quien Héctor victorioso se
acuerda como de un digno rival en el canto VIII,
es Diomedes. Suspensa la batalla con la puesta
del sol, el héroe convoca a los troyanos a consejo
de guerra en un descampado libre de cadáveres,
donde su marcial apostura describenla cinco ver-
sos que vale la pena citar (492 - 496) :

Y aquéllos desmontaron para escuchar entonces
Lo que les decía Héctor caro a Zeus, empuñando
Su lanza de once codos cuya punta de bronce
Que un aro de oro afianza, se erige relumbrando.
Y así, apoyado en ella, los fué aquél arengando.

La proclama, bellísima ciertamente, no nos in-
teresa en la ocasión sino por su final, donde el
héroe, resumiéndose, concluye (529 - 538) :

Hagamos, pues, la guardia nocturna, y bien temprano
Salgamos pertrechados de todas armas, y ante
La flota, al ardiente Ares convoquemos ufanos.
Y sabré si Diomedes, el Tideida pujante,
Desde la escuadra al muro me arroja, o si lo mato
Con el bronce, y sangrientos despojos le arrebato.
Mañana ha de probarnos su valor con su aguante
Cuando lo ataque a lanza; mas, creo que adelante
Caerá herido junto con muchos camaradas
Al salir el sol.

Durante la retirada de los griegos a quienes Zeus espantó con el rayo, había reconocido más gallardamente quizá la importancia capital de nuestro héroe, que salvando al viejo Néstor en su carro, huía hacia la flota, cuando dijo a sus soldados (VIII, 191 - 197) :

¡Seguidme al punto, y rápidos, veamos de arrancar
Su escudo a Néstor, célebre en la propia mansión
Celeste, porque es todo de oro, hasta la armazón;
Y al jinete Diomedes de los hombros sacar
El rico arnés que Hefesto le cinceló; pues creo
Que si logramos esas dos cosas, los aqueos
Esta misma noche hácense en su flota a la mar!

Único entre todos los guerreros consternados por el rechazo que de la embajada hizo Aquiles en el siguiente canto, negándose una vez más a reanudar la lucha y despreciando las ofertas de Agamenón, es quien se arriesga a prescindir de aquél. Su breve y enérgico discurso, píntalo

como al verdadero jefe en aquel momento angustioso. Verdad es que habíalo merecido por su conducta anterior, como todos cuantos pronuncian con autoridad, en la hora crítica, la salvadora voz de mando. Precisamente, hacia la mitad de aquel mismo canto VIII, cuando Héctor logra pasar el foso y el muro aqueos, imponiendo a sus defensores desesperado contrataque para evitar el incendio de la flota (253 - 255):

No hubo quien de los muchos dánaos aventajara
Al Tideida, en lanzarse con los raudos corceles
Fuera del foso, a objeto de pelear cara a cara.

Sobrábale, pues, motivo, cuando ante la implacable actitud de Aquiles dominó la situación, dirigiéndose en esta forma a Agamenón y al ejército (IX, 697 - 709):

Agamenón rey de hombres, gloriosísimo Atrida,
Nunca al irreprochable Peliónida debiste
Suplicar, prometiéndole donación tan crecida;
Pues si ya era orgulloso, mucho más lo engreiste.
Por lo que hace a él, dejémoslo que se vaya o se quede.
Cuando le dé la gana, de nuevo peleará,
O cuando un dios lo incite; pero lo que procede,
Yo os lo diré y lo haremos: id a acostaros ya,
Después que hayan saciado vuestro apetito, ahora,
Comida y vino, que esto fuerza y valor nos dá;
Y al despuntar la bella rosodáctila Aurora,
Forma tú ante las naves gente y carros ligeros,
Y a todos animando, lucha entre los primeros.

Este consejo determina la batalla matinal del canto XI, mandada por Agamenón y en la cual tiene Diomedes actuación descollante. Tanta, que sólo él y Ulises contienen la acometida triunfal de Héctor, evitando que la retirada de los arrollados griegos se trueque en definitiva derrota.

Antes de citar este trozo, recordaré que el canto X es, en suma, la narración de una proeza de ambos héroes, y que formaría parte de la Dioméida homérica, a no estar reconocido como apócrifo por casi todos los comentadores. Déjolo, pues, de lado, porque creo lo propio, a pesar de su originalidad y de su grande interés artístico, y aunque más abajo lo recordaré, con motivo de cierta contradicción psicológica que vuelve todavía más sospechosa su autenticidad.

Veamos el trozo del canto XI. Héctor ataca llevándose todo por delante (310 - 401):

Y allá entre mil estragos el desastre llegara,
Y huyendo los aqueos dieran en sus navíos,
Si a Diomedes Tideides, Ulises no exhortara:

—¿Tideides, ya olvidamos, acaso, nuestros bríos?
Ven, amigo, a mi lado, pues gran vergüenza fuera
Que Héctor del casco espléndido las naves nos cogiera.

Diomedes contestóle:

—Resistiré, sin duda;
Mas todo será inútil, pues que Zeus tempestuoso
Dispensa a los troyanos su victoriosa ayuda.

Dice, y al rey Timbreo, de un lanzazo impetuoso
En la tetilla izquierda, derríbalo del carro;
Mientras acaba Ulises a Molión el bizarro
Que era el auriga. Déjanlos así que los han muerto,
Y atacando a la turba causan gran desconcierto.
Dos bravos jabalíes que arrollan la jauría,
Al diezmar las falanges troyanas parecían
Revolviendo sobre ellas; mientras a pecho abierto,
Respiraban los dánaos que allá de Héctor huían.

En un carro tomaron luego a dos principales
Jefes, hijos de Mérops Percosfano, el cual
No teniendo en el arte de adivinar, rivales,
Prohibiéndoles que fueran a la guerra fatal.
Mas no le obedecieron, pues la Parca homicida
A la muerte arrastrábalos. Quien les quitó alma y vida
Fué Diomedes Tideides, ilustre por la lanza,
Espoliando sus ricas armas, mientras Ulises
A Hipódamo y a Hipéroco mataba sin tardanza.

Entonces, contemplándolos diezmarse, desde el Ida,
La igualdad del combate restableció el Kronida.
Tideides hirió de una lanzada en la cadera
Al héroe Peónida Agástrofo, que faltó
De sus caballos para fugar, gran mal sufrió;
Pues dejando a su auriga, lanzóse a pie al asalto
Con los primeros, hasta que la vida rindió.
Pero ya Héctor que al pronto los ve, carga gritando,
Con las huestes troyanas; y al advertir que viene,
Estremécese el bravo Diomedes, así hablando
A Ulises que a su lado sin cejar se mantiene:

—Ya se nos viene aquella plaga que Héctor se nombra.
Mas, ea, resistamos con ánimo dispuesto!

Dice y cimbrando tira su asta de larga sombra,
Y acierta a la cabeza, dando en el casco enhiesto;
Pero aquel bronce estréllase al bronce tresdoblado
Del oculario yelmo que es don de Febo Apolo,
Y que así el fino cutis del héroe ha salvado.
Rápido, entre las filas, retrocede Héctor solo,
Párase, y de rodillas cae, apoyando al suelo
Su fuerte mano, y cubre sus ojos negro velo.
Y mientras va Tideides por entre la avanzada,
Tras su pica que el tiro dejó en tierra clavada,
Recóbrase, y al carro saltando, huye y evita
La negra Parca, con la multitud confundido.
Lanza en mano, Diomedes el pujante, le grita:

—Otra vez a la muerte, perro, te has substraído,
Aunque tan cerca estuvo tu perdición, que sólo
Pudo salvarte de ella tu patrón Febo Apolo
Que invocas contra el dardo de temeroso ruido.
Pero, si dios me ayuda, pronto habré de acabarte,
Mientras doy a cada uno de los otros su parte.

Dijo y al gran lancero Peónida expoliaba,
Cuando Alejandro, esposo de Helena la hechicera,
El cual, tras de la tumba donde el pueblo venera
Al viejo Ilo Dardánida, contra un pilar estaba,
Apuntó su arco al príncipe Tideides que sacaba
Al valeroso Agástrofo el rico arnés del pecho,
Y el escudo del hombro, y el fuerte yelmo, cuando
Tiró aquél y, certero, le dió en el pie derecho
Que le clavó por tierra, su empeine atravesando.
Dejó el reparo entonces, riendo satisfecho,
Y se glorió exclamando:

—¡Te herí! No erré mi tiro,

Que ojalá arrebatándote la vida el vientre te abra.
 Los troyanos tendrían para su mal respiro;
 Que a fuer de león te huyen cual baladoras cabras.

Diomedes, sin turbarse, replicó:

—Fatuo arquero,

Ufano de los cuernos, seductor de doncellas:
 Si las armas midiéramos en leales querellas,
 No te valdrían rápidas flechas ni arco certero.
 Mas, porque un pie me arañas, promueves necio alarde,
 Aunque esto me preocupa de la misma manera
 Que si un niño inocente o una mujer me hirieran;
 Pues romo es el flechazo del vil y del cobarde.
 Otro es mi agudo dardo que mata apenas roza.
 Y la mujer del muerto la cara se destroza,
 Y huérfanos se quedan sus hijos, tristes seres,
 Y él se pudre allá sobre la tierra que ensangrienta,
 Viéndose en torno suyo más buitres que mujeres.

Dijo y el bravo Ulises, con prontitud atenta,
 Se le puso delante, y así pudo tras él
 Sentarse y arrancarse la flecha del pie herido,
 Y por todo su cuerpo corrió un dolor cruel.
 Entonces saltó al carro con ánimo afligido,
 Ordenando a su auriga que volviese a la flota.

Mas, no sólo por su energía, su constancia y su
 indomable valor que todavía veremos descollar
 sobre tan grandes hazañas en sus luchas con los
 dioses, fué Diomedes el modelo del paladín. Su
 nobleza con el enemigo constituyó también de-
 chado; y porque se me aparece tan bien definida

en los trozos del canto VI que ya voy a citar, y tan conforme con su índole, resúltame psicológicamente apócrifa la perfidia que le atribuye el canto X, reconocido como apócrifo por muchos otros motivos, según lo dije ya, cuando después de haber prometido la vida al troyano Dolón, si daba noticias de su campamento, lo inmola implacable no bien se las ha sacado; pues nada atenúa este acto infame, la circunstancia de que quien hizo la falaz promesa fuera Ulises su compañero de expedición.

Verdad es que el canto VI, y sobre todo la escena del reconocimiento entre Glauco el troyano y Diomedes, adolecen de igual sospecha entre los críticos; pero los argumentos que la formulan son mucho más débiles. Así, desde luego, el que atañe al carácter digresivo de ese episodio.

Pues todo el canto VI es una digresión a la cual se vincula el VII con sus dos episodios, digresivos también: el duelo de Héctor y Ajax, y la tregua para enterrar a los muertos; todo ello, me parece, a fin de evitar la monotonía de la batalla que se reanudará en el canto VIII. Si el reconocimiento de Glauco y Diomedes no ocupa el tiempo que empleará Héctor en la ciudad donde celebra su triple entrevista con Hécuba, con Andrómaca, con Alejandro y Helena, seguiría la narración del combate; de suerte que encuentro perfectamente oportuno el recurso artístico de la digresión. El trozo, muy homérico por

lo demás en cuanto al estilo, cosa que no sucede con el canto X, está, pues, bien donde se encuentra.

La otra objeción corresponde al concepto dubitativo con que Diomedes se dirige a Glauco, luego de preguntarle quien es (VI, 128 - 129):

Mas, si del cielo vienes, por ser un inmortal,
No pelearé, por cierto, contra un Dios celestial.

¿Cómo, se dice, Diomedes que acaba de herir en combate, nada menos que a Ares, dios de la guerra (V, 855-859) y de obtener que Atena su patrona le dé clarividencia para distinguir en la batalla a las deidades y a los hombres (íd. 127-130), podía emplear expresiones semejantes?

Olvídase que el don de clarividencia era siempre pasajero como las apariciones de los númenes regularmente invisibles; que Diomedes lo recibió de la diosa, precisamente para que no peleara contra aquéllos, a excepción de Afrodita (íd. 131); y que por tal razón, cuando lucha con Ares, ella lo asiste en persona (íd. 835-854). Todos los versos citados los verá el lector más adelante en un solo fragmento.

La escena del reconocimiento es nobilísima, y por ello, sin duda, uno de los modelos más copiados en la poesía caballeresca.

Al afrontarse para combatir Glauco y Diomedes, ante la expectativa de ambos ejércitos, pues entre los dos se hallaban, el Tideida diríjese a ma-

nera de reto el discurso que desde entonces quedará clásico, para saber, según se infiere, si va a medirse con un campeón digno de él (123-126):

¿Quién de entre los mortales eres tú el esforzado?
Jamás te ví en la lucha que a los héroes renombra;
Mas, por tu audacia a todos los has sobrepasado,
Con afrontar mi lanza, la de la larga sombra.

Y desarrollando la idea de los versos anteriormente citados, en los cuales declara que no peleará contra los dioses, recuerda la pertinente historia del sacrílego Licurgo, que por ahora no nos interesa, concluyendo (142-143):

Mas, si un mortal que nutre la tierra, eres por suerte,
Acércate y más pronto te ultimaré la muerte.

La respuesta de Glauco no es menos hermosa, y hasta se inicia con una especie de melancolía romántica que dijérase moderna, tanto es el divino Homero uno de los progenitores de nuestra civilización (145-151):

Magnánimo Tideides, ¿a qué indagas mi origen,
Si el del hombre es como el de las hojas pasajeras
Que el viento en tierra esparce, cuando ya otras se
Al pintar en el fértil bosque la primavera? [erigen
Tal las generaciones nacen y acaban; pero
Ya que saber deseas nuestro bien conocido
Linaje, que te enteres cumplidamente quiero.

Con las mismas palabras de estos dos últimos versos, vanagloriase en el canto XX (213-214) Eneas.

Entonces entra Glauco a referir los orígenes de su raza, desde el tatarabuelo Sísifo, hijo de Eolo, el bisabuelo Glauco y el abuelo Belerofonte, quien, tataranieta a su vez de Poseidón o de Zeus, númenes de la fatalidad, sufrió la desventura trágica que en *La Funesta Helena* (págs. 37-40), señalé para los que en dicho grado emparentaban con los dioses de ese carácter: nuevo detalle comprobatorio de las genealogías mórbidas, que ciertamente es oportuno recordar. La narración de las correrías y desventuras de Belerofonte, ocasiona el reconocimiento (VI, 212-231):

Tal se expresó. Diomedes el ilustre en la guerra,
Contento de escucharlo, clavó su lanza en tierra,
Y así al pastor de pueblos dijo con voz amable:

—Eres mi antiguo huésped paterno, en verdad, pues
El déifico Eneo dió posada una vez
Por veinte días en su palacio al intachable
Belerofonte, y ambos se obsequiaron cumplidos:
Dió Eneo un cinto espléndido, de púrpura teñido,
Y Belerofonte una copa de oro con asas,
Que cuando yo me vine para acá, quedó en casa.
No recuerbo a Tideo, puesto que me dejó
Muy niño, cuando en Tebas pereció el pueblo aqueo;
Mas, tu amistoso huesped ser en Argos deseo,
Cual lo serás tú en Licia si a ese país voy yo.

Evitemos, pues, nuestras lanzas en la refriega,
Que a mí muchos troyanos y aliados qué matar
Me quedan todavía, si un dios me los allega,
Y a tí muchos aqueos que podrás ultimar.
Y ahora cambiemos armas, y así éstos podrán ver
Que huéspedes paternos nos gloriamos de ser.

He dicho en mi estudio sobre el duelo de Héctor y Ajax, que los tres últimos versos del quinario siguiente, cuyos dos primeros describen el acto de darse las manos los héroes, son indignos del relato y del poeta; por lo cual añadiré que los reputo apócrifos. Voy a transcribirlos para apoyar el comentario:

Dicho esto, y de los carros descendiendo en seguida, Danse las manos, para que su amistad se pruebe. Entonces turbó a Glauco la razón Zeus Kronida: Pues al cambiar sus armas con Diomedes Tidida, Dió aquél oro por bronce, cien bueyes contra nueve.

Las armas de oro de Glauco, explícense por la mayor riqueza de los guerreros orientales, como sucedió en el trueque anterior que efectuaron Héctor y Ajax (VII, 303, 305) y corresponden a la antedicha copa de oro de su abuelo Belerofonte; con más que si eran de bronce las de Diomedes, habíalas fabricado Hefesto, según vimoslo ya, resultando, así, por divinas, tan valiosas como las del troyano. Jamás incurre Homero en contrasentidos semejantes.

Por lo demás, la epifonema sale bastante positiva después del mencionado dístico, mucho más

ajustado también al procedimiento homérico de cerrar narraciones; de suerte que, si la suprimimos, en nada se alteran la estructura ni la conexión del canto.

Glauco era demasiado de buena cuna para apreciar por su costo el trueque de armas con tan ilustre guerrero. Pertenece a aquel caballeresco linaje de los reyes licios que su primo hermano Sarpedón le recordará en el canto XII, cuando llega el momento de mayor peligro, con estas palabras en que brilla exclusivo el culto heroico de la gloria (310-328):

Glauco ¿por qué con solio, mesa y brindis, honrados
Nos vemos, cual si fuéramos dioses, allá en la Licia,
Y a la orilla del Xanto, tierra vasta y propicia
Para el trigo y las vides, nuestro esfuerzo ha labrado;
Sino porque siempre en la vanguardia licia alzados
Para la ardiente lucha que nuestro empuje inicia,
Puede afirmar cualquiera de los licios armados:
"No sin gloria comandan nuestros reyes en Licia.
Si comen las más gordas ovejas, y un preciado
Melífluo vino apuran, es con toda justicia,
Porque entre los primeros licios siempre han peleado".
Ah, querido, si hubiésemos podido evitar esta
Guerra, y con ello exentos de la vejez funesta
Y la muerte nos viéramos, ni yo combatiría
En la primera línea, ni a tí te lanzaría
A la batalla en que los hombres nos afamamos.
Mas, puesto que, al contrario, nos amenazan ya
Las mortíferas Parcas que nadie elude ¡vamos!
Y a alguien daremos gloria, o alguien nos la dará.

He ahí otra enseñanza homérica, que los paladines cristianos pondrán más de quinientos años en aprender. La idea dominante de la gloria, sólo se les despertará con las Cruzadas, tanto como el deber aristocrático del peligro. Pero la otra grande lección homérica, que fué la de la equidad, a esa nunca la entendieron. La rapacidad fué su goce de la fuerza. La reparación, habríanla tomado por afligente debilidad. Pero en el canto XIX de la Iliada, Ulises, aconsejando a Agamenón para que se reconciliara con Aquiles mediante la devolución de Briseida y el ofrecimiento de ricos presentes, concluye así su discurso, a ambos jefes dirigido (179-183):

Que en sus tiendas te aplaque con copioso banquete,
Y en tal forma tu justa reparación complete.
Y tú, Atrida, con otro serás más justiciero
Desde hoy, pues ni en los reyes es desdoro, a fe mía,
Que a un hombre satisfaga quien lo ofendió primero

Volviendo a la escena entre Glauco y Diomedes, diré que no estoy lejos de aceptar como apócrifas las sendas historias de Licurgo y de Belerofonte en los discursos de ambos héroes, tal cual lo argumenta con solidez Austin Smyth en su curioso libro *The Composition of the Iliad* (págs. 20-25) destinado a probar que dicho poema consta exactamente de 13.500 versos divididos en 45 secciones o cantos de 300 versos cada uno. En efecto, añade, refiriéndose al canto VI

de la letra corriente, cuyos primeros 236 versos, agregados a los 132 últimos del canto V, forman el canto XI de su cuenta, si se suprime aquellas dos historias, que suman 68 versos, el trozo queda reducido a 300.

La cuenta, que yo no acepto, pero que me parece digna de consideración, quedaría alterada si se le restara los tres versos apócrifos para mí. Pero, véase esta interesante corrección efectuada dentro del mismo sistema: Si a dichos tres versos se les añade el 154º. del canto VI, que es evidente redundancia, refundiéndolo con el anterior en esta forma:

Ἰθάκῃ δὲ Σίσυφος ἔβηεν ἢ Ἰθάκῃ κείνῳ Ἰφιδάμῳ

Allá moraba Sísifo, quien a Glauco engendró

puede efectuarse su reemplazo por los 152º, 153º y 155º, que dejan completo el linaje de Glauco, según éste lo ha prometido, y en conexión perfecta con el 206º. Véaselo mejor en prosa, después de recordar que Glauco dijo a Diomedes: “quiero que te informes cumplidamente de mi linaje”:

“Hay una ciudad, Efira, en el riñón de la Argólida rica en caballos, y allá moraba Sísifo quien engendró a Glauco. Y Glauco engendró al intachable Belerofonte, y a mí me dió el ser Hipóloco de quien soy, pues, nacido”.

Esta última referencia, como dice muy bien Smyth, bastaba a Diomedes, quien hallábase enterado de todo; tanto más, añadiré yo, cuanto

que se trataba para él, señor de Argos precisamente, de antiguos reyes comarcanos.

La figura del completo paladín, requería también la excelencia en los ejercicios militares; y efectivamente, Diomedes fué el vencedor de las carreras y del torneo con lanza, cuando los juegos fúnebres celebrados por Aquiles para honrar a Patroclo. Añadiré como rasgo de carácter, conexivo de lo que va a seguir, que cuando, en el canto VII, Alejandro hizo proponer como prenda de paz la devolución del tesoro raptado junto con Helena, reservándose a esta última, fué Diomedes también el que se adelantó a rechazar indignado el venal convenio (400-402):

¡Nadie acepte el tesoro de Alejandro, ni a Helena!
Pues un niño inocente vería cuán cercanas
Están de los troyanos, perdición y condena.

Mas, donde resalta suprema su valentía, es en la lucha con los más terribles dioses guerreros, que eran Apolo y Ares, reuniendo a la indomable audacia aquella magnífica dignidad del antiguo que oponía sin temblar su justicia y su razón al capricho malévolo de los números. Todo acto, sea de hombre o de dios, produce consecuencias inevitables. De suerte que no hay dos justicias, una divina y otra humana, sino una sola que ampara al hombre equitativo contra la deidad inicua. Tal era el fundamento de la moral pagana, y tal lo que ante ella salía valiendo el hombre.

Nada fué correr a la débil Afrodita, encararse repetidas veces con Apolo que no consigue amedrentarlo, y hasta herir gravemente al mismo Ares, conforme iremos viéndolo, ante la decisión con que en el canto VIII afronta el rayo de Zeus, fulminador de los Titanes. A pesar de sus proezas extraordinarias, nunca fué tan grande y hermoso.

Espantados por el rayo que Zeus acaba de lanzar en medio de sus tropas, los jefes apresurábanse en desastrosa retirada. Pero el viejo Néstor se ha quedado solo, en peligro de muerte, pues Alejandro acaba de matarle un caballo de la yunta, mientras Héctor cae ya sobre él, cuando Diomedes acude en su auxilio. Recogiéndolo en su carro, cuyo manejo le confía, lanza el dardo infalible, que si yerra a Héctor, le mata el auriga y lo rechaza. La derrota de los aqueos va a transformarse en victoria por la mano de Diomedes, que sólo contendrá Zeus, padre de los dioses y supremo agente del destino (130 - 171):

Y allá entre mil estragos el desastre ocurriera,
Y los de Ilión quedaran cual corderos cercados,
Si al punto el padre de hombres y dioses no lo viera.
Tronando, pues, horrisono, lanzó a tierra el fulgente
Rayo ante los corceles de Diomedes que, entonces,
Al surgir la terrible llama de azufre ardiente,
Recuraron de espanto bajo el carro de bronce;
Y escapándose a Néstor el rendaje luciente,
Con miedo en su alma díjole a Diomedes:

—¡Tidida,

Revolvamos los fuertes potros para escaparnos!
¿No ves que el triunfo niégate Dios, y que hoy Zeus
[Kronida

Otorga a ése la gloria que otra vez querrá darnos?
Pues por bravo que sea, no habrá varón que acierte
A estorbar el designio de Dios, mucho más fuerte.

Diomedes el cumplido guerrero, así le dijo:
—Sí, anciano, lo que hablaste, justo y cuerdo es, de hijo;
Mas, pecho y alma embágame cruel dolor, porque un
[día,

Dirigiendo Héctor a los troyanos la palabra,
Dirá que de él Tideides hacia la flota huía.
¡Y antes que así se alabe, que la tierra se me abra!

Mas, respondióle Néstor Gerenio el caballero:
—¡Ay de mí, qué has dicho hijo de Tideo el guerrero!
Aunque Héctor vil y flojo te llame, tales cosas
Ni troyanos ni dádanos creerán, ni las esposas
Troyanas cuyos bravos y equipados maridos,
Tú, en la flor de los años, entre el polvo has tendido.

Así habló, y revolviendo los corceles gallardos,
Entre el tumulto huyeron; mas, con ruido inquietante,
Hacían los troyanos y Héctor llover sus dardos;
Y alzó el grito el grande Héctor del casco tremolante:

—¡Tideides, si los dánaos de la caballería,
Grande honra con el solio, mesa y brindis te hacían,
Van a despreciarte ahora que como mujer corres!
Huye, pues, vil muchacha! Ni escalar nuestras torres
Te permitiré, ni hacia los navíos llevarte
Las mujeres, pues previo castigo pienso dartel

Dijo, y dudó Tideides entre seguir la huída,
O tornar los caballos para pelear de frente.
Tres veces vacilaron su corazón y mente,
Y otras tantas el pródigo Zeus, desde el monte Ida,
Tronó por los troyanos, en signo fehaciente
De la victoria al bélico azar indefinida.

Ya veremos reproducirse esta vacilación, mucho más honrosa que el devoto acatamiento, ante Apolo enemigo, y por fin, en el canto V, el choque con Ares, que es la culminación épica de la humana temeridad. Mas, aquí es pertinente mencionar cierto extraño episodio de ese poema antiquísimo, uno de los primordiales a mi ver en la formación de la *Iliada*; pues contrariamente a lo que asienta Maurice de Croiset en su "*Hist. de la Littér. Grecque*", T. I., pág. 127, creo yo que no fué el canto XI su modelo, sino al contrario. Basta, a mi entender, la comparación entre sus estructuras poéticas y entre el carácter mucho más primitivo de los dioses en el V. Precisamente, mi observación refiérese al encarcelamiento de Ares en un cántaro de bronce, y a la consideración textual de que el dios "pudo morir" con tal motivo; aunque más adelante, refiriéndose a la curación del mismo numen herido por Diomedes, dice que "nada había en él de mortal".

La aparente contradicción se desvanece si aplicamos al dios el concepto de algunas teogonías orientales, no ajenas por cierto a la Persia mazdeíta y a la India védica, en cuya virtud ciertas

deidades podían reabsorberse en la universal substancia divina, o desvanecerse en el fuego etéreo, a consecuencia de una derrota o de un castigo: *morir*, en suma, aun cuando nada hubiera en ellas de mortal, humanamente hablando, según es la intención del citado texto (versos 900-901, canto V). Y que el Ares de la referencia era un dios oriental, lo comprueba su prisión en el cántaro de bronce: curioso castigo que recuerda el tantas veces mencionado en “Las Mil y Una Noches” (desde luego en la 3.^a, segunda historia) conforme al cual Salomón encarceló a varios millares de demonios rebeldes en cántaros de bronce o de cobre, cerrándolos para la eternidad con su sello inquebrantable. Cuando alguien ponía casualmente en libertad a uno de esos demonios, éste, para mayor similitud, desvanecía en forma de humo negro. Tal será, en efecto, la comparación empleada por el texto homérico (versos 864-865) para describir el remonte de Ares herido a los cielos... (3).

Discursos de los héroes, escenas, imprecaciones, intervención de los seres divinos, juego de las armas: todo es, como se ve, el modelo estricto de la poesía caballeresca. Tanto lo es, que cuando se efectúa la comparación trozo a trozo, asombra la esterilidad inventiva de la barbarie. Para haber sido ella agente del dios cristiano, forzoso es

(3) El origen asio-africano del panteón griego no es dudoso.

convenir en que este numen resulta mucho menos amable con sus devotos, que los "demonios" de la gentilidad.

Mas en lo referente al juego de armas, hay dos detalles con que deseo completar los consignados en mi libro *El Ejército de la Iliada* (*passim*); y son los referentes al arco y al tiro de piedra. Ambos van a destacarse con alto interés en la *Diomeída* del canto V; y por esta circunstancia, también merecen la mención.

Efectivamente, Pándaro, o sea el mismo guerrero que hiere a Menelao por sorpresa y traición en el canto IV, hace lo propio con Diomedes en el V, motivando una acción decisiva de Atena y del mismo héroe, quien lo mata con su venablocertero; y acto continuo, asesta a Eneas, compañero de aquél, tremenda pedrada, anticipando con ella las que tirarán el propio Eneas en el canto XX, Ajax en el VII y Héctor en el XII: ofensa con proyectiles tan pesados, "que dos hombres de ahora no podrían alzar". Ya comentaremos esta fórmula varias veces repetida. Veamos ahora la descripción de los arcos. La más detallada de los poemas corresponde, precisamente, al de Pándaro, quien, tentado por Atena, lanza a Menelao su flechazo traidor. Como descripción homérica, apenas hay nada más típico (IV, 104 - 126):

Dice Atena y persuádelo; con que, al punto, el
[menguado,

Toma el pulido arco sacado de un lascivo
 Cabrón montés, que un día cazara él emboscado,
 Hiriéndolo en el pecho con su tiro furtivo
 Al saltar de una roca donde quedó tumbado.
 Sus cuernos que medían dieciseis palmos, fueron
 Labrados y ajustados por el maestro armero
 Que con remates de oro dejó el arco acabado.
 Fíjalo él bien en tierra, lo tiende, y al instante
 Sus compañeros pónenle los escudos delante;
 No acometa la brava gente aquea y le impida
 Herir a Menelao, marcial vástago Atrida.
 Destapando él la aljaba, saca una nueva y pronta
 Saeta, mensajera del negro dolor; monta
 En el nervio la amarga flecha, y una cumplida
 Hecatombe de blancos, primiciales corderos
 Prometiéndole a Apolo Licio, el ilustre arquero,
 Cuando vuelva en la sacra Zelea a ver su hogar—
 Tira juntos la muesca y el nervio, hasta acercar
 La cuerda a su tetilla y el fierro a la otra parte
 Del corvo ingenio; y cuando lo acaba así de armar,
 Silba el arco, la cuerda brama, y aguda parte
 La flecha hacia las filas, ávida de volar.

Por lo que respecta a las piedras, su manejo lo explica una circunstancia, que es el origen divino de los héroes, y con esto su fuerza y estatura mucho mayores que las comunes. Así lo revela el canto XII, cuando al mencionar los ocho ríos con que Apolo y Poseidón destruyeron el muro de los dánaos, dice (20-23):

.....y el divino
 Escamandro, y el Símois, donde al polvo cayeron
 Tantas adargas, tantos triples cascos, y aquella
 Generación de humanos que semidioses fueron.

Semidioses humanos, porque había, en efecto, muchos otros que no lo eran, y que no siempre hallábanse sometidos a la necesidad de morir. La *Iliada* canta, pues, una guerra mítica; con lo cual queda explicada la participación de los dioses, y la trascendencia que le he atribuído en *La Funesta Helena*. Allá concluyeron los semidioses humanos, o sea todo un período de la especie; pero esto lo tengo estudiado también en *Prometeo*.

En la conferencia que bajo el título de *Apuntes de Helenismo Médico* dí a pedido del Centro de Estudiantes de Medicina, cuatro años ha, estudié al detalle la precisión anatómica de las heridas que el canto V, cuyos primeros 444 versos van más abajo, menciona y describe en ellos con maestría asombrosa. El camino del arma y los efectos de la lesión parecen descritos por un cirujano. Y ya entonces advertí, a propósito, “la franca rudeza de las expresiones; pues no se trata, añadía, de combates retóricos, sino de la guerra en todo su brutal horror”. No faltó sino un episodio de importancia en la materia, porque se halla fuera del trozo de mis referencias, y porque es, de suyo, menos preciso que los otros: la muerte del troyano Mydón, herido por Antíloco, según va a verlo más adelante el lector.

Pero eso forma parte de la segunda mitad del canto V, que no he traducido porque es casi una repetición de la primera, contentándome con tomar al efecto los trozos más bellos y característi-

cos. Tengo a dicho canto por el más interesante de la Iliada, tanto en sus episodios como en su estilo, semejante al del canto I, y con esto revelador de una misma remota antigüedad.

Creo inútil disculparme una vez más de los muy contados versos que dejo sin rima, de las pocas ritmas imperfectas y de algunos escasos ritmos quebrados; culpas que asumo con ánimo tranquilo, porque las cometí en homenaje a la exactitud. Correspóndeme, por igual motivo, advertir ciertas modificaciones de pequeñísima importancia, como va a verse, no menos que algunas interpretaciones, así sometidas al juicio del lector. Prolijidades, sin duda, pero también obligaciones de la fidelidad.

He suprimido, así, algunos epítetos, de repetición puramente expletiva en el original, como el insistente “*rápido*” aplicado a los buques (VIII, 191-197), mientras vierto esta última voz por escuadra o flota algunas veces: libertad que creo tener honradamente por mía. Los tales buques de los aqueos componían su escuadra o flota de guerra; pero en la lengua homérica no existen estos dos nombres colectivos. Otro de esos epítetos, es “*nutricia*”, aplicado a la tierra (VI, 212-131) con evidente exclusivo objeto musical que en el verso castellano de la traducción no existe: *Diomedes clavó su lanza en la tierra nutricia*. Por último, y por igual razón, el epíteto “*ilustre*” para los aliados de los troyanos (VI,

212-231) y el de “*magnánimo*” para Tideo (V, 1-444).

Agregué asimismo algunos, cuidando siempre que fueran homéricos: “*ufanos*” en el tercer verso del trozo del canto VIII, 529-538. “*Ligeros*” aplicado a los carros de combate (IX, 697-709). “*Pasajeras*”, puesto a las hojas que según el mismo trozo están, precisamente, cayendo para volver a brotar (VI, 145-151). Y “*funesta*” a la vejez (XII, 310-328).

También puse dos complementos: “*de bronce*” al carro de Diomedes (VIII, 130-171) que lo era, en efecto, y el verbo “*osar*” a la acción del mismo, cuando hiere a Afrodita (V, 1-144). Tal es, efectivamente, el concepto de su audaz acción, conforme lo expresan luego la misma diosa herida y su madre Dione (*id. id.*). Pretendo, en cambio, haber traducido con mayor estrictez que nunca y que nadie, diciendo: “*hirió el cutis fino de la mano, al extremo del dorso palmar*”; pues ya he advertido la perfecta exactitud anatómica y quirúrgica de las heridas en ese canto. Tal dice a la letra el texto: “*la superficie de la débil mano sobre el extremo de la palma*”. Por esto Daremberg, en su magnífico estudio *La Médecine dans Homère*, no sólo así lo establece para la anatomía de la mano (pág. 51), sino que hablando de la lesión misma, dice: “*Con tal motivo, Homero hace una importante advertencia sobre las heridas de la región carpiana: sale de ellas poca*

sangre, pero se forman equímosis y los dolores son intolerables y gravativos" (pág. 72).

Buscando, por otra parte, mayor aproximación y justeza de sentido, prendas no siempre inherentes a la literalidad; pues, como lo tengo dicho, tampoco existe siempre correspondencia literal entre las palabras de ambos idiomas, sobre todo si son compuestas, pongo a la Aurora *rosodáctila*, tal cual se halla en el texto, y no "*de los dedos de rosa*", ya que esa voz nos resulta fácilmente comprensible (IX, 697-709). En vez de llamar "*solípedos*" a los caballos, interpreto por "fuertes" o por "gallardos" el sentido elogioso de aquella voz, para nosotros erudita y desusada (VIII, 130-171). Traslado por "dánaos de la caballería" los "dánaos de rápidos caballos" (*id. id.*), ya que eran los "caballeros" o nobleza montada quienes honraban a Diomedes. En el mismo trozo, lo propio que en el del canto XII, (310-328), que reproduce el verso, digo "honrado con solio, mesa y brindis", porque tal es el sentido evidente de las expresiones *asiento, carnes y copas llenas*. Solio es, precisamente, el asiento real, y de reyes tratábase en ambos casos. Donde más me alejo del texto, es en la expresión agregada "condena" con que cierro los versos 400-402 del canto VII. Ella no es absurda en Diomedes, quien, como vimos, atribuye la segura perdición de Troya al designio de un dios (IX, 29-49); pero no intento defenderme. Yo también cometo mis

redundancias expletivas, y esa es una. Otras hay todavía como “nuestra Ilión”, puesta en boca de Héctor (VI, 274-278); “la tierra que nuestro *esfuerzo* ha labrado”, en vez de “la tierra que hemos labrado» (XII, 310-328) y dos o tres, más insignificantes todavía.

Son, pues, cuatro epítetos suprimidos; cuatro agregados; dos complementos de dos y de una palabra; dos sustituciones de adjetivo; una de complemento, y tres expletivos dignos de mención, o sea dieciseis — pongamos veinte por escrúpulo — veinte licencias sobre un total de *novecientos cincuenta versos*.

Entre las interpretaciones, hay una que debo todavía explicar. Traduzco en el verso 412 del canto V, por «la Adrastina Egialea», lo que en todas las versiones se da por “Egialea, la hija de Adrasto”. El texto dice propiamente *Adrastina*, lo cual puede significar hija de Adrasto, pero también descendiente suya. Adopto esta última acepción, porque, como antes hemos visto, Tideo, padre de Diomedes, “casó entre las hijas de Adrasto” (XIV, 107-132) dejando huérfano a aquél en su tierna infancia (VI, 212-231). Aun cuando nada se opone a que Diomedes casara luego con una cuñada de su padre, es mucho más verisímil, en la duda, que lo hiciera con una prima, *Adrastina* también por su linaje, como era usadísimo entre aquellos príncipes helenos, para conservar su sangre pura. Esta costumbre, de

procedencia oriental a mi ver (los árabes llaman por antonomasia a la esposa “la hija del tío”) copiáronla también los romanos caballerescos: Roldán era primo de su mujer, la hermosa Alda “*de los brazos blancos*”, tal como varias diosas y heroínas homéricas: Hera y Nausicaa, por ejemplo, (Cantos I, 595, de la *Iliada*, y VI, 101, de la *Odisea*).

Para no interrumpir ya con advertencias de este género los trozos del canto V que particularmente constituye la *Diomeida*, añadiré que en todos los transcriptos, y en aquéllos también, he seguido el movimiento de la cláusula homérica, según puede cotejarlo el lector; mientras, sin una sola excepción, el número de mis alejandrinos, es igual al de los exámetros. Así se comprueba una vez más mi afirmación de que el alejandrino es el exámetro romanceado, sin perjuicio del estudio de ambas estructuras efectuado con dicho fin bajo el triple aspecto histórico, literario y gramatical que se verá en *El Dogma de Obediencia*.

He aquí, ahora, la primera mitad completa del canto V (1-444):

Palas Atena, entonces, dió audacia y entereza
A Diomedes Tideides, para que alta proeza
Destacara entre todos los argivos su fama.
Le encendió escudo y yelmo con incansable llama,
Tal como la del astro de Otoño, que lavado

Por el Océano emerge más que todos brillante: (4)
Así el fuego en sus hombros y cabeza ha brotado,
Cuando lo echa en lo recio del tumulto, adelante.

Había en Troya un cierto Dares, rico y honrado,
Sacerdote de Hefesto, cuyos dos hijos, que eran
Ideo y Fegeo, aptos para todo combate,
Separados del resto, contra el héroe se abaten
Montando un carro, mientras él a pie los espera.
Fegeo, al encontrarse, tiró primeramente
Su venablo de larga sombra que inútilmente
Por sobre el hombro izquierdo del Tideida pasó.
Pero éste con segura mano le arrojó el bronce
Que en la mitad del pecho fué a clavársele entonces,
Tumbándolo del carro, pues no en vano partió.
Corrió Ideo, el hermoso vehículo dejando,
Sin defender el cuerpo del hermano caído.
Que él mismo de la negra muerte no hubiera huído,
Si en tinieblas Hefesto no lo envuelve, evitando
Con salvarlo, que el viejo quede más afligido (5),
Y el hijo de Tideo tomó y dió los corceles
A los suyos, haciéndolos llevar a los bajeles.
Al notar los troyanos que huye un hijo de Dares
Y que el otro ante el carro muerto quedó, se apena
Su corazón magnánimo; y la ojizarca Atena
Así dijo, tomándole la mano, al furioso Ares:

(4) La estrella Sirio.

(5) Los críticos, desde Zoilo, han advertido que Ideo habría escapado con más rapidez en el carro; mas, como se ve en muchos otros episodios de la misma Iliada, la caída de uno de los guerreros solía desordenar a las yuntas, paralizándolas; sin contar, en el caso, el probable desatiento del terror.

—Ares, Ares, funesto, destructor, sitiador: (6)
¿No es mejor que dejemos que aqueos y troyanos
Luchen, y que la gloria les dé Zeus soberano,
Mientras así eludimos su divino rencor?

Tal dijo, y del combate sacando a Ares furioso,
Lo hizo sentar a orillas del Escamandro herboso.
Los dánaos pusieron en fuga a los troyanos,
Y cada jefe, entonces, mató un hombre a sus manos.
Agamenón, rey de hombres, va primero y derriba
Del carro al grande Odíon, rey de los halizones,
Que dió la espalda, hundiéndole su lanza desde arriba,
Y el pecho atravesándole por entre los pulmones.
Tal cayó, y con estrépito sus armas resonaron.

Mató allá Idomeneo, por la lanza preclaro,
A Festo, hijo de Boro el meonio, que había
Llegado de la fértil Tarne, hundiendo la enorme
Asta en su hombro derecho, cuando al carro subía.
Cayó así; horribles sombras entonces lo rodearon,
Y los hombres de Idomeneo lo despojaron.

Menelao el Atrida mató a Escamandrio, experto
Cazador, que de Estrofió fué hijo, con su asta de haya.
La propia Artemis era quien le enseñó el acierto
En cazar cuantas fieras en bosques y cerros haya.
Mas de nada valiéronle ni Artemis la flechera,
Ni su celebrado arte de tirar al acecho,
Pues el ilustre Atrida que huyendo ante él lo viera,
Lo lanceó entre los hombros, traspasándole el pecho.
Y así, al caer de bruces, sus armas resonaron.

(6) Atena dirige a Ares sus habituales epítetos de numen terrible, sin propósito injurioso.

—Merión mató a Feréclon, hijo de Harmón (7) maestro
Que fuera en toda clase de artes manuales diestro,
Pues Palas Atenea le daba su alto amparo.
Fué él quien hizo a Alejandro los navíos veloces
Que tanto mal a Troya y a él mismo ocasionaron,
Por no haber entendido su oráculo a los dioses.
Merión al alcanzarlo, pues sin cesar lo hostiga,
Por la nalga derecha le envasó el bronce fuerte;
Y como el hueso hendiérale, tocando la vejiga,
Gimió al caer de hinojos y lo envolvió la muerte.

Meges mató a Pedeo, bastardo de Antenor,
A quien como a hijo propio la divina Teano,
Por ser grata a su esposo, criara con amor.
El ilustre Fileides (8) que a él se hallaba cercano,
Fué y le clavó en la nuca su aguda lanza entonces,
Y la lengua cortándole, le atravesó los dientes:
Que así rodó por tierra, mordiendo el frío bronce.

Eurípilo Evemónides da al divino Hipsenor
Hijo de Dolopión el Grande, que oficiaba
El culto de Escamandro, y a quien el pueblo honraba
Como a un dios, fiero tajo cuando huye con pavor.
La espada, junto al hombro, tronchó el brazo pesado,
Y rodó por los suelos el miembro ensangrentado.
Y cerraron los ojos de aquél en la cruenta
Lid, la muerte purpúrea y la Parca violenta.

(7) Es decir, literalmente, el carpintero o ajustador. En los cuentos orientales, que son, a mi ver, origen de algunos cantos de la Iliada, es frecuente dar por nombre al protagonista un epíteto concerniente a su oficio o a su misión.

(8) Es el mismo Meges a quien ahora se designa por el apellido.

Y mientras así agítalos el combate empeñoso,
 No se sabe si el hijo de Tideo, en su brío,
 Combate con troyanos o aqueos, tan furioso
 Lánzase a la llanura cual rebalsado río
 Que durante el deshielo va arrollando bravío
 Los diques y los setos de los campos feraces,
 Y al crecer con las lluvias de Zeus, en su desvío,
 Muchas bellas labranzas de los mozos deshace:
 Tal las densas falanges troyanas descompone
 Tideides, y entre tantos, ninguno se le opone.

Cuando, en eso, el caro hijo de Licáon, (9) que advierte
 Que en la tropa del llano siembra, feroz, la muerte,
 Tiende el corvo arco y clávale en la espalda derecha,
 Por el hueco de la honda coraza, amarga flecha
 Que ensagrentando el bronce, del otro lado asoma.
 Y el claro Licaónida grita con voz terrible:

—¡Cargad, bravos troyanos, hábiles en la doma!
 Herido está el aqueo más bravo, y no es posible
 Que el grave tiro aguante, si con suerte propicia
 Me endilgó acá el rey, vástago de Zeus, (10) desde
 [la Licia.

Tal se alaba, aunque al otro no rindió el arma aguda;
 Pues ante yunta y carro reculó con pericia,
 Pidiendo a Esténelo, hijo de Capaneo (11) ayuda:

—¡Corre, buen Capaneides, deja el carro, y prolijo
 Arráncame del hombro la amarga flecha!
 Dijo,

(9) Pándaro, el flechero que hirió traidoramente a Menelao.
 (Canto IV).

(10) Apolo.

(11) Esténelo era el auriga de Diomedes.

Y al punto apeóse Esténelo del carro, y la enemiga
Flecha clavada al hombro le arrancó; y desbordando,
Saltó la sangre por las mallas de la loriga. (12)
Y fué así el buen guerrero Diomedes implorando:

—Escúchame hija indómита de Zeus potente: si
Tu amparo en la ardua lucha nos diste siempre a mí
Y a mi padre, ahora haciéndome la gracia, oh Atenea,
De que mate yo a ese hombre, ponlo a tiro de lanza;
Pues porque me hirió, alábase con la loca esperanza
De que yo, pronto, el claro fulgor del sol no vea.

Así rogó y fué oído por Palas Atenea,
Que aligerando al punto su cuerpo, pies y manos,
Con aladas palabras lo animó a la pelea:

—Recóbrate, Diomedes, y ataca a los troyanos,
Que ya infundí en tu pecho la audacia y el vigor
De tu intrépido padre Tideo el domador,
Hábil en el escudo; y aun torné caediza
La nube de ceguera que tapaba tus ojos,
Para que a dioses y hombres conozcas en la liza,
Y si un numen te prueba, no afrontes sus enojos.
Sólo que entre Afrodita, la hija de Zeus, entonces
Hiérela sin escrúpulo con el agudo bronce.

Dicho esto, fuése Atena la ojizarca; y al frente
De combate, Tideides se incorporó sin falta,

(12) El texto es dudoso, pues parece referirse a algo más que el hueco natural de la coraza. Supongo, con otros, que los guerreros homéricos, a semejanza de los medioevales, llevaban cotas de malla o lorigas debajo de las corazas, precisamente para cubrir las junturas.

Pues contra los troyanos, más aún que anteriormente,
Triplícósele el brío, como al león que asalta
Un establo de ovejas, donde lo ha lastimado
El pastor sin rendirlo, con que su furia exalta.
Húyese el hombre, entonces, al fondo del cercado;
Y mientras indefenso y en su terror febril,
Con revuelto atropello se amontona el ganado,
La ávida fiera salta del profundo redil.
Así el fuerte Diomedes, en furia arrebatado,
Las falanges troyanas revuelve y desbarata.

Allá a Astino y a Hipéiron, pastor de pueblos, mata,
Clavando a éste la pica de bronce en la tetilla,
Mientras con la ancha espada troncha al otro la islilla,
Y de la espalda y cuello todo el hombro separa.
Déjalos allá y cierra contra Abante y Polido
A los que un viejo intérprete de sueños engendrara:
Eurídamas, que al verlos partir no habrá entendido
Los suyos, pues Diomedes a ambos mata y despoja.
Acto continuo contra Janto y Toón se arroja,
Hijos que pudo Fénopé en su vejez lograr,
Pues ya caduco y triste, no engendró otro heredero.
Al quitarles la amable vida, en llanto y pesar
Sumió al padre, que vivos no ha de verlos tornar:
Con lo que otros parientes la herencia repartieron.

Luego en un carro toma dos héroes que hijos fueron
De Príamo Dardánida: Cromíon y Equemón.
Cual desnua, asaltando la boyada, el león,
A un buey o una ternera que en el bosque pacía,
Tideidos los desmonta por fuerza, con impía
Saña, pilla sus armas, y entrega los corceles
A los suyos, haciéndolos llevar a los bajeles.

Mas, cuando destrozaba las filas, viólo Eneas,
 Y por entre el tumulto de armas de la pelea
 Fué en busca del divino Pándaro. Así que halló
 Al eximio y bravo hijo de Licáon, lo encaró
 Para decirle:

—Pándaro, ¿qué es de tu arco y aladas
 Flechas, y de tu fama por nadie disputada
 Aquí ni en Licia, donde ninguno se gloria
 De aventajarte? ¡Vamos! levanta a Zeus tus manos,
 Y tira contra ese hombre, que haciendo a los troyanos
 Innumerables males, triunfa con saña impía,
 Y así a tanto valiente las rodillas afloja;
 Si no es algún dios que hacia los de Troya indispuso
 Un sacrilegio, porque malo es si un dios se enoja.

Entonces el claro hijo de Licáon le repuso:
 —Eneas que a los nobles troyanos aconsejas,
 En todo al bélico hijo de Tideo semeja.
 Su escudo, su oculario triple casco (13) ver creo,
 Y sus corceles, aunque puede que sea un dios;
 Mas, si es el bélico hijo del ilustre Tideo,
 Su furia está probando que un inmortal va en pos,
 Envuelto en una nube, y apartando la aguda
 Flecha que lo amenaza; pues ya una le tiré,
 Y por el hueco de la coraza le acerté
 A la espalda derecha, creyendo que sin duda
 Al Hades lo echaría, pero no lo maté:
 Con que, seguramente, será un dios irritado.
 Ni caballos ni carro tengo aquí qué montar,
 Aun cuando en el palacio de Licáon han quedado

(13) Eran los cascos de nasal fijo, que dejaba naturalmente una doble arcada llamada la ocularia, y que, al ser enterizos, resultaban los más sólidos.

Once hermosos y sólidos coches sin estrenar,
Con los toldos dispuestos, y cada uno a su lado
La yunta que cebada blanca y avena come.
El anciano guerrero Licáon prescribióme
Al dejar yo el palacio, con premiosa insistencia,
Que a los troyanos sólo desde el carro mandara
En la ardua lucha, pero no le presté aquiescencia.
Cuánto más me valiera, pues dejé por prudencia
Los caballos, temiendo que el pasto les faltara
Con reunión tan grande, y estando acostumbrados
A comer bien; sin ellos, a pie a Ilión he venido,
Confiado sólo en mi arco, que nada útil me ha sido;
Pues ya contra dos jefes, Tideides y un Atrida
He tirado, y aunque a ambos sangré con grave herida,
Sólo excitarlos pude. Con mal sino partí
El día en que el corvo arco del clavo desprendí
Y a la amena Ilión traje mis troyanos, por ser
Amable al divino Héctor. Mas, como vuelva a ver
A mi patria, a mi esposa y a mi alta fortaleza,
Que un guerrero enemigo me corte la cabeza,
Si este arco no destrozo y echo al fuego violento,
Ya que su compañía me es vana como el viento.

Mas, replicóle el jefe de troyanos, Eneas:

—No hables así, pues nada cambiará, si nosotros
No vamos contra ese hombre con armas, carro y potros
A pelearlo. ¡Ea! al mío sube, para que veas
Cómo saben lo mismo los corceles troyanos
Perseguir o escaparse rápido por los llanos,
Y cómo han de llevarnos salvos a la ciudad,
Si otra vez Zeus concede gloria, en su potestad,
A Diomedes Tideides. Toma, pues, ya, a mi lado,

Fusta y brillantes riendas; yo pelearé montado,
O hazlo tú, y los caballos a mi cuidado sean.

Y contestó el claro hijo de Licáon:

—Eneas,

Encárgate tú mismo de la yunta y las bridas;
Pues hallándose bajo su habitual conductor,
Si el hijo de Tideo nos forzara a la huída,
Tirará aquélla el cóncavo carro mucho mejor;
No se asuste y desboque, tu voz desconociendo,
Y a sacarnos se niegue de la lucha, y cayendo
Sobre ambos el bravo hijo de Tideo, nos mate
Y se lleve los fuertes potros. Así, al combate
Conduce por tu propia mano tu carro y yunta,
Mientras su ataque espero con mi lanza de punta.

Hablando así, al labrado carro suben, y ansiosos,
Contra Tideides lanzan los corceles briosos.
Mas Esténelo, el célebre hijo de Capaneo,
Que los advierte, dícele con palabras aladas:

—Carísimo Diomedes Tideides, venir veo
Dos robustos varones, con ardiente deseo
De pelearte, y que tienen fuerzas desmesuradas:
Pándaro el diestro arquero, quien se jacta de que es
Vástago de Licáon, y Eneas, que a su vez
Se alaba de que Anquises, varón irreprochable,
Lo engendró en Afrodita. Retirémonos, pues,
Montados; no te expongas, furioso, a algún revés,
Si en la vanguardia arriesgas perder la vida amable.

Mas el fuerte Diomedes, mirándolo de abajo,
Contestó:

—No me digas que huya o te des trabajo
De convencerme en vano, pues no soy del linaje
De los que en retirada, temerosos pelean.
Iré a ellos desmontado, que aun me sobra coraje,
Firme con el apoyo de Palas Atenea.
No han de llevarlos lejos de acá, si retroceden,
Sus veloces caballos, y alguno escapar puede.
Mas, te diré algo, y guárdalo fielmente en tu memoria:
Si la sapiente Atena me concede la gloria
De matarlos, tú nuestros rápidos troncos ata
Al barandal, ciñéndoles las riendas, y arrebatata
Lejos de los troyanos los corceles de Eneas,
Que pondrás al amparo de las tropas aqueas;
Pues su raza es la de esos que a Tros dió en expiación
Por Ganimedes, su hijo, Zeus el clarividente.
Nada hay, bajo la aurora y el sol, más excelente.
El rey de hombres Anquises, burló a Laomedón
Y sacó cría, echándoles yeguas ocultamente.
Nacióronle seis de ese linaje en su mansión:
Cuatro crió a pesebre, y a Eneas hizo don
De los otros dos, que ahora sembrar el terror vemos.
Con que, si los tomamos, un buen triunfo obtendremos.

Así éstos conversaban, mientras que los dos otros
Caían ya sobre ellos con sus veloces potros.
Y este reto el claro hijo de Licáon les echa:

—¡Corajudo y noble hijo del ilustre Tideo,
Pues no llegó a postrarte la amarga y rauda flecha,
Veremos si la lanza responde a mi deseo!

Dice, y cimbrando tira su asta de larga sombra,
Y el broquel del Tideida con el bote atraviesa,
Rozando la coraza, y así a jactarse empieza:

—¡Atravesado tienes el vientre, y no me asombra
Que pronto acabes, dándome considerable fama!

Pero el fuerte Diomedes, sin conmovearse, exclama:
—¡Erraste y falló el tiro! Mas creo por mi parte
Que no lograréis tregua, como uno de ambos no harte
De sangre al bélico Ares, rodando por la arena.

Dice y tírale; el dardo, guiado por Atena,
Entre ojo y nariz clávasele, sus blancos dientes pasa,
Y el incansable bronce la lengua le cercena
De raíz, y su punta bajo el mentón rebasa.
Así cayó del carro; resonaron sobre él
Sus magníficas armas, se abrieron sus corceles,
Y allá lo abandonaron su fuerza y su alma fiel.

Eneas salta al suelo con su lanzón y escudo,
Y temiendo que el cuerpo le quiten los aqueos,
Ronda en torno, confiado como un león forzado,
Prontos broquel y pica, con ardientes deseos
De matar al que ataque, mientras grita sañudo.
Tideides alza entonces una piedra imponente
Que dos hombres de ahora levantar no podrían,
Mientras con una mano la lleva él fácilmente.
Con ella hiere a Eneas donde el fémur encaja
Con la cadera, punto que se llama *cotylo*;
Rómpele ambos tendones y el *cotylo* descuaja,
Y el cutis le desgarran la piedra con su filo.
El héroe, de rodillas cae, apoyando en tierra
Su fuerte mano, y negra noche sus ojos cierra.

Y allá Eneas, rey de hombres, habría perecido,
Si acaso Afrodita, hija de Zeus, que lo tuviera

De Anquises el boyero, pronto no lo advirtiera.
Con que, sus blancos brazos tiende al hijo querido,
Y en un dobléz del manto brillante lo resguarda,
No sea que los dánaos bien montados le claven
El cruel bronce en el pecho, y así su vida acaben.

Y mientras del combate lo subtrae, no tarda
En efectuar Esténelo lo que convino, al mando
Del cumplido guerrero Diomedes. Apartando
La yunta del tumulto, sus bridas ciñe al tope
Del barandal, y lejos de los troyanos lleva
Los lucientes caballos de Eneas, al galope,
Rumbo hacia los aqueos de las hermosas grebas
Los da a Deípilo (amigo que entre todos honraba,
Por lo bien que su juicio con el suyo acordaba)
A fin de que a los buques los conduzca; y montando
Su yunta otra vez, coge las bien labradas riendas,
Y solícito animala, a Tideides buscando.
Este acosa a Ciprina con sus armas tremendas,
Sabiéndola una débil diosa entre las deidades,
No de esas que a los hombres guían en las contiendas,
Como Atena o Enfo que arrasa las ciudades.
Y así que en la refriega tumultuosa la alcanza,
El hijo de Tideo cala su aguda lanza
Y con ella atacándola, rompe el manto divino,
Propia obra de las Gracias, y herir el cutis fino
De la mano, al extremo del dorso palmar, osa.
Brotan entonces la sangre divina de la diosa,
O mejor dicho el ícor, flúido peregrino
Que los dioses dichosos en vez de ella derraman,
Porque ni trigo comen, ni beben negro vino:
(Con lo que, siendo exangües, inmortales los llaman).
Lanza ella agudo grito, dejando a su hijo solo;

Y mientras lo alza en una nube azul Febo Apolo,
No sea que los dánaos bien montados le claven
El cruel bronce en el pecho, y así su vida acaben, (14)
Increpa el buen guerrero Diomedes a la diosa:

—¡Hija de Zeus, apártate de la acción belicosa!
¡Basta ya con que engañes a débiles mujeres!
Pues creo que si en otra guerra mezclarte quieres,
Hasta su mismo nombre te alejará medrosa.

Dijo, y ella apartóse cruelmente torturada.
La rauda Iris sacóla del tumulto, abrumada,
Negreándole ya el lindo cutis. Pronto halló al fiero
Ares, que hacia la izquierda del combate sentado,
Contra una nube había su lanzón arrimado,
Lo propio que la yunta de caballos ligeros.
Y ante el querido hermano se arrodilló, abatida,
Instándole a prestarle los potros de áurea brida:

—Querido hermano, apiádate de mi y préstame ahora,
Para ir al Olimpo en que los inmortales moran,
Tus caballos; pues sufro mucho de hallarme herida
Por un varón, Tideides, quien con Dios padre fuera
Capaz de pelear.

Díjole así, y Ares le ha dado
Los potros de áurea brida, con que el carro ha montado,
Gimiendo de congoja. Subió Iris a su vera,
Y picó, rienda en mano, la yunta voladora.
Pronto al Olimpo fueron, donde los dioses moran;

(14) Dístico exactamente igual al de la situación anterior, cuando Afrodita ocultó a Eneas. El procedimiento es frecuente en Homero.

Y la diligente Iris, los potros sujetando,
Los desató y echóles por pasto la ambrosía.

La divina Afrodita, mientras tanto, caía
Al regazo de Dione su madre, que tomando
En los brazos a su hija, la acarició y le dijo:

—¿Qué uraniano, hija amada, te hizo esta iniquidad,
Como si procedieras con notoria maldad?

La risueña Afrodita respondióle:

—Fué el hijo
De Tideo, el soberbio Diomedes, quien me hirió,
Porque a Eneas, que es mi hijo más caro, saqué yo
Del combate. Pues ahora ya no son entre iguales,
Aqueos y troyanos, las luchas más furiosas;
Que los dánaos atacan hasta a los inmortales.

Y le contestó Dione, divina entre las diosas:

—Soporta, hija, tus penas, que muchos moradores
Del Olimpo, debimos sufrir tormento agudo
De los hombres, mezclándonos así con sus rencores.
Los pasó Ares, cuando Oto y Efialtes el forzudo,
Hijos de Alo, apresáronlo con formidable nudo,
Por trece meses dentro de un cántaro de bronce.
Y muriera allá el bélico Ares, si Eríbea, entonces,
Bellísima madrastra de aquéllos, no lo advierte
A Hermes, quien substrajo a Ares del lazo rudo y fuerte
Que lo postraba exánime. Hera los padeció,
Cuando el vigoroso hijo de Anfitríon (15) le clavó

(15) Hércules.

En el seno derecho saeta trifurcada,
En tormento incurable dejándola angustiada.
Y sufrió el enorme Hades la fecha audaz de aquel
Mismo hombre, hijo de Zeus Portaégida, cuando ante
La puerta de los muertos le infligió herida cruel.
De dolor traspasado, y el corazón penante,
Pues abatía su ánimo la saeta enterrada
En su espalda robusta, fué al Olimpo, morada
De Zeus, donde aplicándole Peón drogas calmantes,
Lo curó, pues no había nada en él de mortal.
¡Bárbaro y temerario quien con impiedad tal,
Por el arco a los dioses del Olimpo abatió!
Así Atena, la zarca diosa, contra tí alzó
Al hijo de Tideides, quien, insensato, ignora
Que todo el que a los dioses combate en mala hora,
No alcanza larga vida, ni logra que ocupando
Sus rodillas los hijos, le llamen padre, cuando
Vuelve de los combates y la feroz pelea.
Piense Tideides, aunque se tenga por tan fuerte,
Que alguien puede atacarlo mejor que tú; no sea
Que muy luego la próvida Adrastina Egialea,
Corte, gimiendo, el sueño, y en su inquietud despierte
A las caras doncellas, llorando a su marido
Legítimo, ese aqueo principal y cumplido,
El domador Diomedes, de quien es noble esposa.

Dice y restaña el ícor, en las suyas tomando
La mano que así cura, su cruel dolor calmando.
Mas, como Atena y Hera presenciaran la cosa,
Picaron con palabra mordaz al dios Kronida.
Y dijo, adelantándose, así la zarca diosa:

—Zeus padre, aunque te irrite mi palabra atrevida,
Seguro es que Ciprina, tentando a alguna aquea

De hermoso peplo, para que siga a los troyanos
Que tanto ama, al hacerle las caricias que emplea,
Se arañó en áureo bronce la delicada mano.

Tal dijo. El padre de hombres y dioses sonrió,
Y a la áurea Afrodita llamando, así le habló:

—El bélico trabajo no es para tí, hija mía,
Sino los de himeneo, con su dulce alegría.
Que cuiden de eso Atena y Ares el dios ligero.

Mientras así conversan, lánzase el buen guerrero
Diomedes contra Eneas, aunque sabe que Apolo
Le tiene de su mano, pues ni al gran dios flechero
Respetar ya, deseando matar a aquél tan sólo,
Y quitarle el magnífico arnés. Tres veces carga
Con ansia de ultimarle, y otras tantas Apolo (16)
Se le opone, agitando su refulgente adarga.
Mas, cuando igual a un numen por cuarta vez se
[obstina,
Apolo, el grande arquero, terrible lo amenaza:

—Tidida, piensa y vete; no quieras darte traza
De igualarte a los dioses, que la raza divina
Nunca se asemejó a la terrestre humana raza.

Así dice, y Tideides recula un poco, sólo
Por evitar la cólera del flechador Apolo.

(16) La repetición del vocablo Apolo como consonante, se halla exigida por la conservación de un procedimiento ritual en cuya virtud los nombres de los dioses no iban puestos sino en los cabos del verso. Eran los sitios de honor que el Dante asigna también a los nombres sagrados, aconsonantándolos con ellos mismos para mayor decoro.

El segundo rechazo es aún más característico. Menelao acaba de matar a Pileméneo, jefe de los paflagonios, y Antíloco a su hijo y auriga Mydón, cuando Héctor que los ve, acude, asistido, no sólo por Ares, sino por su hermana *Eníó*, la Belona romana, diosa de la guerra (584-606):

Antíloco, atacándolo, le hundió en la sien la espada,
 Con que, del carro hermoso, cayó al suelo, anhelante,
 Quedando un largo rato de cabeza, clavada
 Toda ella hasta los hombros en la arena abundante.
 Tendiólo al fin por tierra la yunta alborotada,
 Que picó hacia el ejército aqueo el valeroso
 Antíloco.

Héctor, viéndolos, se arroja clamoroso,
 Con las recias falanges troyanas que comanda
 Ares, al propio tiempo que Eníó veneranda.
 Va ésta con el Tumulto feroz y escandaloso,
 Mientras el dios, blandiendo su lanza prepotente,
 Ya marcha a espaldas de Héctor, ya anda con él al
 [frente.

Tembló al verlo Diomedes el bravo, a la manera
 Del que yendo extraviado por una gran pradera,
 Dá con rápido río que echa al mar su corriente,
 Y al ver la hirviente espuma, salta retrocediendo.
 Así paró Tideides, a los suyos diciendo:

—Oh amigos ¿cómo habremos de asombrarnos que sea
 Tan bravo el divino Héctor y audaz en la pelea?
 Siempre con él va un numen que la muerte le evita,
 Y ahora es Ares, que a un hombre mortal junto a él
 [imita.

Reculad, pues; mas, dando la cara a los troyanos.
No luchéis con los dioses en ímpetus insanos.

Dominados por el héroe y el dios, los griegos retroceden combatiendo en la misma forma vista ya, y que no vale, por lo tanto, la pena repetir; entonces Hera, indignada, decide intervenir también, invitando para ello a Atena. Es el doble cuadro que contiene el atalaje del carro divino y el armamento de Palas: trozo típico, y por lo tanto digno de nuestra atención (720-747):

Aprontar los corceles de áurea brida, dispuso
La augusta diosa Hera, hija del gran Kronos, entonces.
A su vez la pronta Hebe fué y al coche le puso
En el eje de hierro combas ruedas de bronce,
De ocho rayos, que sobre pinas de oro inusable (17)
Llantas de bronce ostentan con ajuste admirable;
Mientras que son de plata los cubos bien torneados.
Y de oro y plata tiene la caja sus sopandas,
Y por la delantera le corren dos barandas.
El timón es de plata, y ella a su extremo ha atado
Yugo y coyundas de oro de gran belleza. Y Hera,
Avida de combates y ejercicio agitado,
Unce al yugo los potros firmes en la carrera.

Mientras tanto Atena, hija del dios portaéjida, echa
Sobre el umbral paterno su velo bien bordado
Que sus manos tejieron, y luego se ha ajustado

(17) El Diccionario de la Academia no registra este antónimo, ni el derivado *usable*, tan necesarios y corrientes, sin embargo.

El arnés del nubígero dios: que así se pertrecha
Para la guerra aciaga; y a la espalda ha cargado
La fiera y floqueada égida que el *Espanto* corona.
En ella están la *Fuerza*, la *Discordia*, y la atroz
Persecución, y la hórrida testa de la *Gorgona*,
Prodigio de Zeus, monstruo tremebundo y feroz.
Armase la cabeza con una áurea celada
De doble penacho y de cuádruple carrillera,
Que a los infantes juntos de cien pueblos cubriera;
Y montando el fulgente carro, ase la pesada
Ingente y recia lanza con que a tanto valiente
Rinde, si en contra suya se irrita prepotente.

Homero no teme al adjetivo, como se ve, cuando lo cree necesario, y así todo gran poeta. Recuérdese los cuatro epítetos de la selva dantesca: *obscura*, *salvaje*, *áspera* y *fuerte* en los dos primeros tercetos del poema inmortal. Pero esto es de poca importancia. Lo que me interesa es advertir mi interpretación de los epítetos del casco: *amfífalón* y *tetrafáleron*, que yo traduzco por *doble penacho* y *cuádruple carrillera*, de acuerdo con argumentos que publicados ya en mi versión del canto XI de la *Iliada* (*La Nación* del 9 de marzo de 1922) no repetiré aquí. En cambio, he de insistir, por lo que sigue, sobre la estatura colosal de los númenes, de la cual da idea el yelmo de la diosa, quien, precisamente, acertando a Ares una pedrada en el cuello (XXI, 403-409), derriba al dios que cubre con su cuerpo siete yugadas:

Volvióse ella, y cogiendo con su robusta mano
Una gran piedra negra y áspera que en el llano,
Los antiguos pusieron de linde a un sembradío,
Dió en el cuello al bravo Ares y destempló su brío.
Cayendo él con estruendo, cubrió siete yugadas;
Révolcó sus cabellos, y Palas Atenea
Rió y dijo, alabándose, con palabras aladas:
—¡Necio!, etc.

Mas, volviendo al canto V, la diosa, irritada
con la protección que Ares dispensa a Héctor,
va por Diomedes, excítalo con palabra mordaz,
desvanece los escrúpulos de pelear contra un dios,
que ella misma infundiérale, y lánzalo sobre el
numen, prometiéndole su ayuda (826-828):

—Diomedes el Tidida, caro a mi corazón,
En adelante, ni a Ares ni a otro inmortal le temas,
Pues quiero darte ahora toda mi protección.

.....

Entonces (835-867):

Dijo, y asiendo a Esténelo la mano, prontamente
Lo hizo bajar del carro, donde la diosa ardiente,
Al lado del divino Diomedes subió en eso.
Crugió el eje de encina profundamente al peso
De la deidad terrible y el varón excelente;
Y Palas Atenea, tomando fusta y brida,
Echó a Ares la solípeda (18) yunta, cuando al potente

Perifante, el etolio más bravo (19), hijo eminente
De Oquesio, el sangriento Ares quitábale la vida.
Atena lleva el casco de Hades, para que el fuerte
Ares no pueda verla.

No bien el dios funesto
Ve al divino Diomedes, cuando hacia él marcha presto,
Dejando al formidable Perifante ya inerte,
Allá en el mismo sitio donde le diera muerte;
Y así que con el héroe se afronta, una tremenda
Lanzada le ha tirado por sobre yugo y rienda,
Para arrancarle el alma. Mas, por su buena suerte,
La zarca diosa Atena la ataja con su mano,
Y por bajo del carro la hace desviarse en vano.
A su turno, el valiente Diomedes lo lancea
Con su pica de bronce, que Palas Atenea
Dirige al flanco, donde lo ajusta el tahalí;
Y cuando él rompe hiriéndola su hermosa piel así,
Retira el arma. Entonces el éneo Ares grita
Cual nueve o diez mil hombres que la batalla excita,
Y aqueos y troyanos se estremecen de horror
Cuando alza el dios siempre ávido de guerra su clamor.

Cual negro vapor que entre celajes se condensa,
Y al ardor de funesta ráfaga asciende entonces,
Tal Diomedes Tideides vió al grande Ares de bronce
Subir envuelto en nubes a la extensión inmensa.

(18) Conservo directo esta vez el epíteto homérico de los caballos, aun cuando insisto en que, realmente, tiene una acepción elogiosa que puede interpretarse por *firme, fuerte, gallardo*, o cualquier otro adjetivo referente a la buena marcha cuya primera condición es el casco perfecto.

(19) Diomedes era también etolio.

La asistencia de la virgen patrona, la lucha con los dioses maléficos que el Satanás cristiano personificará, completan el modelo del futuro paladín cristiano; y por tal motivo, a despecho del mismo poema que en el canto II, 768, llama al Telamonio Ajax el mejor de los varones dánaos, es Diomedes quien resulta el guerrero más completo de la Iliada.



